

Adrian Goldsworthy, *Hadrian's Wall*, New York, Basic Books, 2018. 169 pp. Ilustraciones. ISBN: 978-1-5516-4442-7.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ha.XLIII.2019.293-298>

Adrian Goldsworthy, prolífico autor residente en el sur de Gales, mucho ha tardado en escribir este libro sobre el Muro de Adriano. Homónimo del emperador que construyó esta línea fortificada, y especialista en Historia romana y en particular sobre historia del ejército romano, como sabemos por su producción, Goldsworthy nos entrega este librito, ni muy largo, ni muy bien ilustrado, ni muy completo, ni muy profundo, ni muy bien ilustrado, pero que cumple quizás la labor que el autor se propuso al idearlo: hacer divulgación destinada al público norteamericano (el libro se publica en New York). De hecho, salvo en sus primeros trabajos, Goldsworthy no ha hecho otra cosa que divulgación, ese tipo de libros cuyo contenido se sitúa a medias de la erudición y de la vulgarización, que tanto agrada a los editores y también, a muchos lectores, a tenor del éxito del autor, cuyas obras son traducidas a varios idiomas, y cuyos réditos económicos deben de ser envidiables.

El libro que comentamos no ha sido traducido al español, de momento, dándose la paradoja de que el público español carece de un buen libro en nuestro idioma sobre el Muro de Adriano. En cambio, se han traducido otras obras de Goldsworthy sobre las César, Augusto, Antonio y Cleopatra, o sobre la *Pax Romana*, que nada aportan al conocimiento de los especialistas, aunque tienen el mérito de ser síntesis, a veces voluminosas, pero síntesis de cuanto se ha escrito sobre estos temas. El libro sobre el Muro de Adriano está en la misma línea. El lector anglosajón tiene a su disposición una gran cantidad y variedad de libros que tratan de esta construcción adrianea que atraviesa Gran Bretaña de parte a parte. Se ha estudiado desde la perspectiva histórica, artística y hasta turística. Los historiadores británicos dan fe de la importancia del monumento, y le han prodigado atención desde hace muchos años, conservándolo, excavando sus alrededores, y publicando con rigor los resultados. Nos limitaremos aquí únicamente a glosar este y a indicar sus características y enunciar sus contenidos.

Las primeras páginas se inician con una oportunísima cronología de la Britania romana, que marca los hitos de la conquista, desde Los años 55-54 en que César realiza las primeras incursiones en la isla (en 55) y la expedición que este realizó al año siguiente por el sureste. Estas incursiones

cesarianas nada tenían de “conquista”, pues César estaba centrado en la empresa de sumisión, esta vez sí, de las Galias. Ni a Augusto ni a Tiberio ni a Calígula les interesaron estos territorios confines. Fue Claudio quien en el 43 envió un gran ejército para invadir Britania. Tras varios años, los romanos ocuparon el sur de la isla; pero enseguida, y prácticamente siempre, encontraron la resistencia de las comunidades indígenas, a veces capitaneadas por líderes tan interesantes y exóticos como la reina Boudica (o Boadicea) que se rebeló contra las tropas romanas en los años 60-61, gobernando Nerón en Roma.

El gobierno provincial de Julio Agrícola (78-84), del que Tácito nos ha dejado una biografía, se caracteriza por las campañas realizadas más al norte, en territorio de la actual Escocia, tendentes a consolidar las fronteras, que culminan con la batalla de *Mons Graupius* (cuya localización exacta no se conoce aún) en el verano del 84. El episodio es narrado in extenso por Tácito, Agrícola 29-39. Se construyen campamentos cerca de la costa sureste de Escocia tomando como línea de separación el río Forth, siendo el fuerte de Inchtuthil el más importante. Al lado sur del río se mantienen tres legiones, de las cuatro que combatieron, y el territorio al norte del río queda abandonado por los romanos. Las circunstancias político-bélicas que se dan durante el gobierno de Trajano van a definir y a modificar la estrategia de ocupación romana en Britania, entre otras, la construcción del Muro, a partir del 122, coincidiendo con la visita de Adriano a la isla. De hecho, la guerra danubiana de Trajano dejó a Britania solo con dos legiones como guarnición.

Siguiendo este esquema de acontecimientos que hemos esbozado, el autor va repasándolos sumariamente. En capítulo primero se habla de los primeros contactos de los romanos con la isla, los de César, y después la intervención por orden de Claudio, analizado insuficientemente en páginas 7-8. En páginas 3, 6 y 12 este capítulo se ilustra con imágenes anacrónicas con respecto a lo que se cuenta, con las fotos del campamento de Housestead o de una Tabula de Vindolanda. En capítulo segundo, el autor esboza algunos aspectos insustanciales de la biografía de Adriano (the Man, the Emperor and the Grand Design), para hablar de lo que realmente importa al tema del libro: la visita de Adriano a la isla, en julio del 122, siendo gobernador Platorius Nepos. En ese momento, la legión VI *Victrix* se incorpora a Britania reforzando el contingente, ahora con tres legiones.

Durante la visita de Adriano, que duró algunos meses, surgió el gran proyecto de la construcción del Muro. Tiene razón Goldsworthy (p. 20) al apuntar como una de las razones la obsesión de Adriano por realizar obras

arquitectónicas de gran impacto. En una provincia o región sin grandes ciudades, tenía sentido la construcción de este muro, tanto por la originalidad de su arquitectura como por su funcionalidad estratégica, levantado a campo y cielo abiertos.

Teniendo en cuenta que una milla romana equivale a 1,479 km, la sección occidental del Muro tiene una longitud de 31 millas (ca. 46 km) partiendo de Bowness-on-Solway. Este parte del muro inicial no tenía arquitectura, sino que era una rampa construida con tierra, madera y hierba, de una altura variable y de unos de 20 pies romanos (un pie romano equivale a 29,6 cm) en su base. Esta línea fue continuada por un muro de piedra a lo largo de 49 millas romanas (ca. 73 km) hasta Wallsend-on-Tyne. Esta pared de piedra se proyectó con una potencia predeterminada de diez pies romanos (unos 3 m) de ancho, reforzados por bancos de tierra a ambos lados de la base. Cada milla tenía que haber un pequeño fortín que tenía una puerta en las caras norte y sur. De estos “puestos miliario” (the Milecastles) han quedado muchos restos arqueológicos. También formando parte del muro, y entre los fortines, había las torretas de vigilancia construidas en piedra, tanto en la parte arquitectónica como en la parte de muro hecho de rampa de hierba y tierra. A su vez, a ambos lados, y en paralelo al muro, había en toda su extensión zanjas anchas y profundas, excepto en los casos en los que la naturaleza hacía las veces de escudo protector.

Es necesario recordar estas características, y decir que, naturalmente, todas las torres y fortines no se construyeron al mismo tiempo, sino progresivamente, en distintas fases, de ahí que la distancia entre fortines y torres no sea regular, ni es igual la dimensión de los fortines. Algunos acogen a un destacamento, otros hasta una cohorte auxiliar completa. No se trataba, por tanto, de construir por construir, sino que había que dotar a estos fortines y torres de hombres, de soldados.

Los soldados eran los que hacían las obras, y ellos eran quienes tenían que ocuparlas, incluso guarecerse largo tiempo en ellas, y defenderlas.

Al ejército como constructor del Muro dedica el autor el capítulo tercero. Han quedado algunas inscripciones sencillas sobre el muro que recuerdan a los canteros o a las unidades a las que pertenecían. Los legionarios eran más experimentados que los auxiliares en labores constructoras estables, y a ellos se debe posiblemente la mayor parte de labor de albañilería. En el capítulo siguiente se analiza la utilidad del muro y la necesidad de imitarlo, en época de Antonino Pío, con otro muro construido más al norte, en la línea Forth-Clyde. Este segundo muro fue

abandonado hacia 158, en los últimos años de Antonino Pío o primeros de Marco Aurelio. La “anatomía” (sic, por querer decir la estructura) del Muro adrianeo es explicada con bastante detalle en el capítulo quinto, aportando medidas, distancias medias, estructuras arquitectónicas comunes y puertas monumentales, reconstruidas a partir de los elementos que la arqueología nos ha dado. Los restos arquitectónicos de base son abundantes en calidad y cantidad, de modo que todas las reconstrucciones son fiables. Las fotos aportadas complementan bien al texto.

Con el paso del tiempo, algunos fortines dieron origen a pequeñas comunidades de civiles, a *mansiones* y a *vici*. Todo establecimiento militar, en Britania o en otro lugar, genera movimiento y establecimiento de comunidades de civiles anejas, en *canabae* u otro tipo de organización cívica más o menos reglada y condicionada por la vida de los centros militares a los que alimentan y de los que se retroalimentan, en todos los sentidos: no solo como suministradores de mercancías, sino también facilitando las relaciones humanas, teniendo particular importancia el papel de las mujeres.

Los campamentos que surgen en las proximidades del Muro están dotados con las estructuras militares características: el *praetorium* (casa del comandante), los principia (sector “noble” del campamento, con oficinas de registro, salas para oficiales, *aedes*, salas de los estandartes, etc.), un *valetudinarium* (o “sala de salud”), *balnea* (baños de agua caliente), *horrea* (graneros), es decir, que el campamento era una especie de comunidad militar con todos los servicios. Cerca, pero fuera, estaban los establos, particularmente importantes por sus dimensiones en casos de las *cohortes equitatae*. La vida, o la vida cotidiana en torno al Muro, detallada por el autor en el capítulo séptimo, refleja en todo momento la fuerte presencia militar. Los testimonios epigráficos, y los escritos de las Tablillas de Vindolanda, indican la prevalencia del elemento militar sobre el civil. Los documentos de Vindolanda, comparados con los papiros militares de otras partes del Imperio, permiten reconstruir datos preciosos y precisos sobre el día a día de los soldados, incluso yendo al detalle de sus relaciones con los civiles de los *vici* cercanos. Al conocimiento de la sociedad civil contribuyen especialmente los monumentos funerarios (vid. pp. 101-108); y otro tanto puede decirse de los elementos militares o de la equipación de los militares que el azar ha querido dejarnos y los arqueólogos han exhumado, como trozos de armas o calzado (Cap. 8). Solo en Vindolanda se han encontrado media docena de piezas enteras de botas/botines militares (p. 110). Faltan este tipo de evidencias en otras partes del Imperio.

La visita a Britania de Septimio Severo para luchar contra los Caledonios –el emperador murió en York en 211– marca el punto final de la intervención militar directa de los emperadores romanos en la isla, al menos hasta un siglo después, cuando Cosntancio, el César de la *pars Occidentis* del Imperio realizó campañas en Britania, matando al usurpador *Adlectus*, y luchando contra los pictos, celebrando su triunfo en Londres. Durante su gobierno se repararon estructuras miliare, y secciones del Muro. Igual que Severo, Constancio encontró la muerte en York, en 306. Y las tropas proclamaron emperador a su hijo Constantino. Este también guerreó victoriosamente en la isla, pues las monedas y las inscripciones le honran con el título de *Britannicus Maximus* en 313-314.

Como en otras provincias, también en Britania el siglo III fue de crisis y de cambios estructurales. La crisis económica afectó al ejército en muchos sentidos. También en el equipamiento, cada vez más parecido el de las legiones y el de las tropas auxiliares (p. 121). La vida militar en las guarniciones próximas al Muro se va apagando al mismo tiempo que crece la actividad en los *vici*. Se descuidan los edificios, se derrumban los graneros (vid. algunos ejemplos citados en p. 124, como el de Birdoswald). En realidad, hay pocas noticias sobre el Muro y la propia provincia en el siglo III. Los problemas se agravan en el siglo IV. A ello dedica el autor el capítulo noveno; a la política romana en general en relación con Britania, pero no se establece una relación directa con la vida en Muro, ni analiza la pervivencia de las guarniciones estables en la frontera desde tiempos de Adriano. Por omisión de fuentes y de noticias parece que el muro, a partir del siglo III sufrió un abandono progresivo. Basándose en la obra clásica sobre el Muro de David J. Breeze y Brian Dobson, *Hadrian's Wall*, London: Penguin UK, 2000 (4ª ed.), Goldsworthy presenta en pp. 149-151 unas tablas resumen de los fuertes y guarniciones del Muro en los siglos, II, III y IV, que muestra también el nivel de abandono de varios de ellos, como los de Birrens, Netherby, Bewcastle, High Rochester y Risingham.

En 382 se producen las últimas intervenciones romanas en Britania. *Magnus Maximus* lucha contra pictos y otros pueblos de Escocia. En 407 se produce la retirada total de soldados romanos en la isla, y desaparecen pronto órganos de la administración civil, de modo que la provincia romana como tal deja de existir. Igual que las ciudades, el Muro fenece, abandonado, como la columna vertebral de un dinosaurio aletargado durante los siglos del Medievo, conservando su recuerdo en algunos textos cristianos anglosajones, hasta que a mediados del siglo XVIII fue redescubierto por eruditos, anticuarios y arqueólogos, y a partir de ahí siendo justamente

revalorizado por su valor histórico, y especialmente valioso para historia militar, por el gran número de testimonios que ha dejado.

SABINO PEREA YÉBENES
UNED Madrid